

2º Domingo de Adviento (A)

26 de noviembre 2025



“Saldrá una rama del tronco de Jesé y un retoño brotará de sus raíces.
Sobre él reposará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de inteligencia,
espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de temor del Señor,
y lo inspirará el temor del Señor.
El no juzgará según las apariencias ni decidirá por lo que oiga decir:
juzgará con justicia a los débiles y decidirá con rectitud para los pobres de país;
herirá al violento con la vara de su boca y con el soplo de sus labios hará morir al malvado.
La justicia ceñirá su cintura y la fidelidad ceñirá sus caderas.
El lobo habitará con el cordero y el leopardo se recostará junto al cabrito;
el ternero y el cachorro de león pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá,
la vaca y la osa vivirán en compañía, sus crías se recostarán juntas,
y el león comerá paja lo mismo que el buey.
El niño de pecho jugará sobre el agujero de la cobra,
y en la cueva de la víbora, meterá la mano el niño apenas destetado.
No se hará daño ni estragos en toda mi Montaña santa,
porque el conocimiento del Señor llenará la tierra como las aguas cubren el mar.
Aquel día, la raíz de Jesé se erigirá como emblema para los pueblos:
las naciones la buscarán y la gloria será su morada”.

Isaías 11,1-10

El tiempo de Adviento nos inicia a un profundo misterio, con fuerte contenido teológico y espiritual, para nuestra existencia concreta. El Adviento es mucho más que ese “tiempo” o una “buena idea”, justo antes de Navidad.

El Adviento es Alguien: Dios-con-nosotros, el Emmanuel, Dios que se hace hombre. Dios-con-nosotros se manifiesta en la historia -nuestra historia cronológica en el tiempo- y nos revela la realidad última. Más allá del tiempo-cronos. Y nos dice que nuestro ahora, es ya el tiempo-kairos, el tiempo de Dios, en Dios. Ya estamos en el tiempo de Dios y, en la esperanza, todos avanzamos hacia la plenitud de felicidad y alegría eterna.

Los Padres de la Iglesia han reflexionado frecuentemente acerca del misterio del Adviento, discerniendo tres “advenimientos” de Cristo.

El “primer advenimiento” nos revela una de las dimensiones históricas de la salvación. Dios vino en plenitud para salvar al hombre en Jesucristo, de Nazaret, que nos revela el rostro del Padre (cf. Jn 14,9). Nuestra salvación se ha realizado en Cristo, que se hace uno de nosotros.

En su fuerte dimensión escatológica del “último advenimiento”, el Adviento revela el misterio del final de los tiempos. Dios nos ha destinado a la salvación (cf. 1 Tes 5,9), a la felicidad eterna. Las promesas de Dios actúan en la historia, que está orientada hacia el Día del Señor (cf. 1Cor 1,8; 5,5). Cristo vino en nuestra carne, se manifestó y reveló resucitado y aparecerá gloriosamente al final de los tiempos, día que lo veremos tal cual es (cf. 1 Jn 3,2).

En su dimensión de “advenimiento presente”, el Adviento evoca nuestro tiempo “terrenal”. En él vivimos incesantemente la tensión del “ya” de la salvación plenamente cumplida en Cristo y el “no todavía” de total manifestación, del retorno glorioso. Tiempo de velar, de rezar, de volver al Señor, de amar. Tiempo de alegre esperanza porque la salvación ya fue realizada por Cristo (cf. Rom 8,24-25) y su realidad de amor está presente en nuestro mundo. Por eso, es también tiempo de anunciar, hasta los confines del mundo, que Jesucristo nos ha dado la Vida en plenitud (cf. Jn 10,10) para siempre.

Hace milenios, la voz del profeta Isaías parece comenzar a desvelar este gran misterio.

El primer advenimiento de Jesucristo, Mesías tan esperado por el Pueblo elegido, Hijo de Dios, será ese retoño del árbol de Jesé, padre de David, “ese retoño que brotará de sus raíces”.

Jesucristo, que “no juzgará según las apariencias ni decidirá por lo que oiga decir: juzgará con justicia a los débiles y decidirá con rectitud para los pobres de país”.

Isaías nos revela también el último advenimiento. Paz escatológica y plena, cuando “el lobo habitará con el cordero y el leopardo se recostará junto al cabrito; el ternero y el cachorro de león pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá,...”. Y “la gloria será su morada”, nuestra morada.

El advenimiento presente del Señor, lo revela Jesucristo hoy, ahora, en el Espíritu Santo. En la vida que nos ofrece, en los hermanos que nos da, en las maravillas del cosmos, en su Palabra de esperanza,... Y en tantas realidades. Y en todo.

Esencialmente, El Señor se revela en su AMOR, por su AMOR, con su AMOR.

Amor que ha vencido al mal por su vida, cruz y resurrección. Y lo sigue venciendo.

Amor que porta nuestros sufrimientos y rechazos en su misericordia encarnada, en su presencia en nosotros, entre nosotros. Y nos transforma en misericordiosos cómo él es misericordiosos.

Amor que sigue buscando fielmente, incansablemente, a su oveja perdida, esa oveja que es cada uno. Y nos lleva a perdonar cómo él nos perdona.

Ese amor para el que todo es posible, y realiza que en medio de tumultos y guerras podamos experimentar paz, la Paz que viene de Dios. Y nos convierte en artesanos de paz.

En la espera de ese Día en que “el lobo habitará con el cordero” y sólo existirá paz y alegría, AMEMOS. Amemos como Jesucristo nos ama. En la verdad, en la realidad, en lo concreto.

Y nuestro amor será nuestro grito, nuestro llamado, un canto humano-divino.

¡Maranatah! ¡Ven Señor!

Dra. Cristina Muñoz